



## CAPITULO IV

(18:2)

Batalla de Zitácuaro y derrota completa de los insurgentes.— Acciones de Tenango y de Tecualoya.— Retirada de Rayón á Tlalpujagua.— Elementos de discordia entre los individuos de la Junta suprema.— Arribo de nuevas tropas de la Península.— Pastorales del reverendo obispo de Puebla para pacificar el país.— Varias acciones parciales gloriosas á las armas del Rey.— Expedición de Calleja contra Cuautla.— Sitio y abandono de esta plaza.— Invasión de la provincia de Oajaca por Morelos.— Nuevas disensiones entre los facciosos.— Indisposición del general Calleja.— Hechos de armas del coronel D. Joaquín del Castillo y Bustamante, de D. Agustín de Iturbide y de otros varios jefes.— Ventajas conseguidas por las tropas del Norte de México.— Insurrección de la costa de Veracruz.— Fatales efectos producidos por la libertad de la imprenta.— Serios alborotos en México y grande exaltación en los ánimos.— Suspensión de dicha libertad de imprenta.

La atención pública de los habitantes de Méjico estaba fija en el resultado de la batalla que iba á darse en Zitácuaro, en cuyo punto se hallaba reunida la fuerza principal de los revoltosos, apoyados en aquella quimérica forma de gobierno que habían establecido. Las ventajas conseguidas por el brigadier Porlier en el cerro de Tenango el día 1.º del año, daban lisonjeras esperanzas de que la victoria coronaría los esfuerzos de las armas realistas. La empresa de Zitácuaro era de las más difíciles que se hubieran presentado: los facciosos habían fortificado aque-

lla posición con baluartes, zanjas, fosos y con todos los medios de defensa que sugieren los ardides de la guerra. El terreno, por otra parte, les era favorable. Una sierra de doce á quince leguas de extensión circuía el citado pueblo. Elevadas y espesísimas arboledas por las que difícilmente penetraban algunos débiles rayos del sol; sendas que aun en tiempos comunes ofrecían un penoso y difícil tránsito por sus empinados cerros y profundas barrancas y que en aquella ocasión habían sido obstruidas por innumerables y robustos pinos; un horizonte cubierto de densas nieblas, que alternativamente producían vientos, nieves y hielos formando resbaladeros en las laderas y atolladeros en los bajos; pueblos y haciendas abandonadas, forrajes incendiados, campiñas assoladas: éste era el camino que se ofrecía al valiente Calleja para llevar sus tropas contra el enemigo. Empero por grandes que fueran estos obstáculos, los superó bizarramente el ejército del Rey, el que campó el 1.º del año á legua y media del mencionado pueblo de Zitácuaro.

Ocupado aquel día el general Calleja en reconocer las posiciones de los rebeldes, vió con la mayor sorpresa veinte baterías colocadas del modo más ingenioso, todas con merlones de cuatro varas de espesor, excepto una que lo estaba á barbeta. Otro de los medios vigorosos de su defensa era una profunda barranca, que circunvalaba dicho pueblo á medio tiro de cañón y una zanja más inmediata llena de agua, de tres varas y media de profundidad y cuatro de anchura, que rodeaba todas sus fortificaciones y un gran cerro, en cuya cúspide se habían colocado diez y seis piezas de artillería. El número de los enemigos que había que combatir no bajaba de 30.000 hombres y entre ellos 12 000 de caballería: no podía ser más arriesgado el empeño del general realista en atacar á pecho descubierto una posición tan respetable, defendida por gente despechada aunque colecticia, que no tenía más alternativa que la victoria ó la muerte.

No se le ocultó á este esforzado jefe lo crítico de su

situación, pero ya no era tiempo de retroceder: su honor estaba comprometido; lo estaba asimismo la opinión de su ejército, y la salvación ó la ruina del reino dependía del resultado de aquella batalla. Los grandes genios cuentan el número de sus hazañas por el de los tropiezos y contrariedades, y recreándose con el mayor punto de gloria que pueden merecer cuanto son menores los recursos y elementos, redoblan heroicamente sus refuerzos para que se deba á éstos exclusivamente lo ilustre de sus empresas. Esta idea bizarra ocupaba enteramente el ánimo de Calleja y disipaba el temor que podía inspirar el terrible aparato de los enemigos á otros pechos menos varoniles, que sujetándolo todo al cálculo prudencial no quieren fiar nada á los prodigios del valor. Para salir, sin embargo, de aquella ansiedad, determinó el ataque para el día siguiente á las seis de la mañana.

Embestido el enemigo en todas direcciones por varias columnas, en que había sido dividido el ejército realista y que obraban en una perfecta combinación; forzadas sus líneas y desmontadas sus baterías por los fuegos de artillería que dirigió con el mayor acierto el entonces comandante de aquella arma D. Ramón Díaz de Ortega, empezó á remolinarse y á presentar todos los síntomas del desorden y de la confusión: estrechado ya más de cerca por los rápidos movimientos de las valientes tropas de Calleja, perdió su formación y se desbandó, fiando la defensa de sus vidas á la celeridad de sus pies. Todos corrían en tropel, arrojándose por fosos y despeñaderos y precipitándose unos sobre otros para evitar el alcance de los soldados victoriosos. A las dos de la tarde ya no había en aquel recinto un solo enemigo vivo, excepto el corregidor y diez y ocho personas más, que fueron pasadas por las armas. Los cabecillas Rayón, Liceaga y Verusco se sustrajeron también con la fuga al justo furor de los realistas. Esta insigne victoria, que costó á los insurgentes de 3 á 4.000 muertos, 43 cañones, infinidad de pertrechos de guerra, dos fundiciones de artillería de bronce, varias

maestranzas y laboratorios, una inmensa cantidad de víveres, 6.000 carneros, gran porción de bueyes y otros muchos despojos y equipajes de tan numerosa gavilla, no produjo en el ejército del Rey más pérdida que la de cinco muertos, siete heridos y cuatro contusos. Increíble parece que un triunfo tan glorioso para las armas españolas fuera comprado con tan poca sangre.

Conociendo Calleja la necesidad de hacer un escarmiento terrible que dejara indelebles señales del fin que podían prometerse los que, guiados por sus depravadas pasiones ó alucinados por su misma torpeza ó ignorancia, intentasen reproducir las escenas sangrientas de Zitácuaro, en cuyas calles se habían visto colgadas las cabezas de varios beneméritos soldados realistas, y en donde el furor revolucionario había llegado al extremo de armar el brazo del débil sexo y de los tiernos niños, dió un decreto solemne de que dejara de existir aquel pueblo rabioso, concediendo el término de seis días para que sus habitantes se trasladasen con sus intereses á los países inmediatos, y adoptando otras medidas de rigor contra los que más se hubieran señalado en aquella bárbara revolución.

El mismo Porlier, que tanto se había distinguido en la acción del día 1.º, atacó nuevamente el día 3 al enemigo, que se hallaba situado á la otra parte de la profunda y escabrosa barranca de Tecualoya. A pesar de la excelente posición que ocupaban los bandidos, fué tan impetuosa la carga de los realistas, que se dispersaron aquéllos en varios rumbos, por los que fueron perseguidos con gran mortandad. Entre los trofeos de esta sangrienta acción se contaron algunos cabecillas, tres cañones, muchas escopetas, lanzas y otras armas, gran cantidad de víveres, azúcar, caballos y mulas, y la destrucción total de la fábrica de pólvora, que tenían en el mismo pueblo de Tecualoya.

Con tan furiosas derrotas se desvanecieron por el momento todos los proyectos de los visionarios de la Junta

soberana; pero como su ciega obstinación no cedía ni aun á los más fieros desastres, se refugiaron en el Real de Sultepec, para resucitar sus insensatos proyectos. Siendo el más terco y ambicioso de todos los vocales el indomable Rayón, promovió fácilmente la desavenencia de los demás, con la idea de separarlos, para que encargándose cada uno de ellos de la organización de un distrito, se mantuviese en pie á lo menos en apariencia su junta ó congreso, en la que ellos hacían estribar la garantía principal de la devoción del pueblo.

Situado Rayón, á consecuencia de este proyecto, en Tlalpujagua, su patria, lugar de la áspera serranía de Aganguero, mientras que sus cosoberanos vagaban por las provincias del Norte y Poniente, conservó en sus manos las riendas principales del gobierno, á pesar de los esfuerzos para disputárselo, cuyo acalorado empeño produjo una funesta enemistad entre todos ellos.

El apóstata Morelos, que á esta sazón se había colocado en Cuautla de Amilpas, distante veintidós leguas de México, después de haber conseguido varias ventajas en las costas del Sur, observó la debilidad de la Junta establecida en Sultepec, y continuó, por lo tanto, en obrar con independencia absoluta, reconociéndose superior en fuerzas á los individuos de aquel gobierno. Viendo éstos lo peligroso que podía ser para sus ambiciosas pretensiones un enemigo tan osado cual era Morelos, depusieron por un momento su animosidad, y se convinieron en incorporarlo á su Junta, nombrándole vocal de ella y confirmandole la investidura de general del Sur que él mismo se había arrogado.

Suspendiendo por un momento la relación de las altas disposiciones gubernativas dictadas por los llamados jefes supremos de la nación, retrocederemos á dar un bosquejo, aunque rápido, de los principales sucesos de las armas realistas.

No bien había descansado el valiente Porlier de las dos distinguidas acciones trabadas por los insurgentes en

el 1.º y 3 de Enero, cuando ya debió prepararse para la tercera en 17. Dióse ésta en la misma barranca de Tecualoya contra una numerosa reunión de bandidos pertenecientes al cura Morelos, y entre ellos varios prófugos de Zitácuaro. A pesar de la inferioridad numérica de las tropas del Rey, fueron batidos los rebeldes con gran mortandad y con la pérdida de siete cañones, varios fusiles, lanzas, municiones y otros pertrechos.

El desembarco de los batallones de Asturias y Lobera, verificado el 13 del mismo mes de Enero en Veracruz, produjo las más puras sensaciones de alegría, manifestadas en todas partes, especialmente en el citado puerto, en el que fueron recibidos con triunfo y en medio de las más ardientes aclamaciones.

Sería demasiado prolijo referir los infinitos choques que se trabaron en todas direcciones en esta época: para conciliar, pues, la parte instructiva de la historia con la amenidad y fluidez de su redacción, nos vemos precisados á omitir un gran número de combates parciales que no son del mayor interés, sin que pretendamos por este silencio defraudar el mérito que contrajeron todas las partidas sueltas que tuvieron parte en ellos.

En tanto que éstas llenaban sus deberes á satisfacción de sus jefes se había derramado á manos llenas por todo el reino una circular del reverendo obispo de Puebla, que con la aprobación del virrey había dirigido á los curas de su diócesis, manifestándoles los insignes triunfos de las armas del Rey, el arribo de nuevas tropas de la Península y la indispensable necesidad de que fueran sucumbiendo gradualmente á su fatal destino todos los sediciosos, á quienes ofrecía un indulto generoso si abjurando sus errores políticos se acogían bajo el manto de la Real clemencia.

Entre las varias acciones dignas de particular mención sobresale la del teniente de lanceros Godinet, quien con la sola escolta que prestaba al correo de Puebla se defendió en la venta de Chalco de dos mil bandidos que le tu-

vieron sitiado dos días, pasado cuyo tiempo llegó á la capital, sin más pérdida que la de un soldado muerto, tres heridos y algunos contusos. Porlier volvió á ser atacado en la mañana del 22 de Enero en su posición de Tenancingo, y después de haber resistido denodadamente las impetuosas cargas del cura Rabadán, hizo una salida, en la que se apoderó de seis cañones y de todas las municiones: todo aquel día y noche continuó un fuego horrible de cañón y fusilería en medio del incendio de las casas que circundaban la plaza; y á fin de salvarse de los peligros que le rodeaban, dispuso en la mañana del 23 la salida del teniente de návio Michelena, para apoderarse de dos cañones que los rebeldes habían colocado sobre un cerro, con los que le causaban bastante daño.

Ya el valiente Michelena había forzado la posición y arrebatado á los enemigos una de estas piezas, y se preparaba á tomar la otra, cuando una emboscada, que él no había podido descubrir, cayó repentinamente sobre su columna, la desconcertó y la obligó á replegarse á la plaza luego que sucumbieron á su mismo arrojo y decisión este digno jefe y los oficiales D. Pedro Toro, D. García Revilla, D. Antonio Daván, D. José María Beitia y no pocos de sus soldados. Engreidos los enemigos con este pequeño triunfo, y todavía más con poderosos refuerzos que estaban para llegarles, celebraban con algazara la ruina del bizarro Porlier, cuando conociendo éste lo crítico de su posición, determinó evacuar aquel punto, como lo verificó en la noche del mismo 23, clavando la artillería é inutilizando las municiones y pertrechos que no podía conducir.

Al mismo tiempo aprehendió el comandante Paris en la parte del Sur al sanguinario cabecilla P. Talavera, que se decía mariscal de campo del ejército de Morelos; y en otra acción derrotó la misma gavilla, causándole la pérdida de 200 hombres.

El brigadier D. Diego García Conde sostuvo dos brillantes acciones en 13 y 14 de Febrero contra un cuerpo

de rebeldes capitaneados por el atroz Albino García en el valle de Santiago y sus inmediaciones, causándole pérdidas de la mayor consideración.

Habiendo hecho el cura Morelos varios movimientos sobre los puntos de Tenancingo, Tecualoya, Chalco, Izucar, Cuautla y Tasco, dispuso el virrey Venegas que el ejército de Calleja volviese á la capital para emprender desde allí una nueva campaña, ya que la destrucción de Zitácuaro, lejos de enfriar el espíritu de aquel osado eclesiástico, le había dado nuevo impulso y vigor, y aun la opinión de invencible, entre los pueblos alucinados. Dicha derrota, que había hecho perder todo el prestigio á los vocales de la Suprema Junta, fortalecía considerablemente el partido de Morelos, quien, por lo tanto, llegó á concebir, en el delirio de su imaginación, el gigantesco proyecto de apoderarse de la capital de México, y de vincular en sus manos el poder absoluto de aquel reino.

Combinado el plan de dar un golpe decisivo á dicho Morelos, salió Calleja de México para Cuautla, y el brigadier D. Ciriaco de Llanos para Izucar. Llegó el primero el 17 de Febrero al campo de Pacurco, distante cinco cuartos de legua del referido punto de Cuautla; y, no habiendo hallado, en el reconocimiento que hizo al día siguiente, sitio alguno proporcionado para el ataque, acampó en la loma de Cuatlisco, en donde fué atacada su retaguardia, con tanta mengua de parte de los facciosos, que se dejaron en el campo más de 200 cadáveres. Deseoso Calleja de superar con la celeridad de sus planes los obstáculos que ofrecía el terreno, dió un brusco ataque al día siguiente, del que fué rechazado con bastante pérdida, más sensible todavía por la caidad que por el número de los muertos, entre los que se contaron cuatro oficiales y el coronel del provincial de Guanajuato, conde de Casa Rull, con otros varios heridos y contusos.

El arrojó de Calleja no tuvo un resultado tan favorable en esta ocasión como lo había sido en Zitácuaro; este revés, sin embargo, fué muy útil para sus ulteriores dispo-



siciones, pues que creció en él la previsión, á la par de sus precauciones para el acierto. Ni debe parecer extraño que las armas del Rey sufrieran aquel contraste al examinar las terribles fortificaciones que había hecho en la citada posición de Cuautla el perseverante celo del indomable Morelos. Estaba, pues, circunvalada de cortaduras, parapetos y baterías amerlonadas, y defendida por 30 piezas de varios calibres, por 2.000 hombres armados de fusil y por 8.000 más con lanzas, flechas, hondas y otros instrumentos hostiles.

Para asegurar el virrey el éxito de esta empresa con el posible ahorro de una sangre tan preciosa como era la de cuantos defendían la sagrada causa del Monarca español, dispuso que, tan pronto como Llanos hubiera completado su operación contra Izucar, si aquella podía efectuarse en poco tiempo, pasara á reforzar á Calleja con los 1.600 infantes y 400 caballos que mandaba. Como se hubiera presentado delante de dicho pueblo de Izucar el 23 de Febrero, y plantado su artillería en el monte del Calvario, del que habia desalojado á los facciosos, trató de apoderarse de la plaza dando repetidos é infructuosos ataques en los dos días siguientes; pero, conociendo que esta conquista era obra de más tiempo, abandonó aquel punto y pasó á reunirse con el referido Calleja, superando los infinitos tropiezos que le opusieron los enemigos en su retirada.

Hasta el 10 de Marzo estuvo ocupado este brillante ejército en preparativos para formalizar el asedio, en la construcción de tres reductos y en la interceptación del agua que surtia la población. Resueltos los sitiados á defenderse con aquel ciego valor que inspira la misma desesperación, hicieron todos los esfuerzos de que son capaces los hombres poseídos del último grado de furor y despecho: abrieron pozos para suplir la falta del agua corriente; sufrieron con la mayor constancia toda clase de privaciones y escaseces; intentaron varias veces romper las obras de los sitiadores y forzar sus líneas, haciendo

que maniobrasen al mismo tiempo, por retaguardia, cuantas partidas se hallaban en aquellas inmediaciones, que fueron constantemente batidas por las tropas destinadas á contenerlas.

Ocupado sin cesar el celoso virrey en tomar las disposiciones para asegurar el triunfo de sus tropas, situó un cuerpo de dragones en el pueblo de Chalco, distante ocho leguas de la capital, y mandó que Calleja guarneciese con otro el punto de Ozumba, que distaba siete de su campamento, con el objeto de escoltar los convoyes de provisiones de guerra y boca que salían de dicha capital para los sitiadores. Con estas disposiciones, y con el apoyo de las compañías de Patriotas de Cuernavaca, del mismo Chalco, y de las haciendas de D. Gabriel del Yermo, se tenía expedita la comunicación y libre de las guerrillas, que pagaron cara la osadía de sus primeros ataques, en particular el 28 de Marzo, en que un cuerpo de 2.000 hombres perdió 200 muertos y 67 prisioneros, entre ellos 17 jefes y oficiales, y se les tomaron 250 fusiles, un cañón y 200 caballos.

Mientras que aquel respetable ejército estrecha el sitio de Cuautla y recibe artillería gruesa de Perote, que el ardiente celo del virrey había sabido dirigir, á pesar de sus muchos obstáculos y tropiezos, con el fin de que pudiese batir las fortificaciones de los rebeldes, haremos la debida mención de varios choques importantes que sostuvieron las tropas del Rey en los diversos puntos de aquellas dilatadas regiones.

Una parte de las tropas de Rebollo, comandante de Querétaro, mandada por D. Ildelfonso de la Torre y Cuadra, destruyó en el mes de Febrero, en el santuario de Atotonilco, una gavilla de 3.000 insurgentes, quienes dejaron el campo sembrado de cadáveres, entre ellos varios de sus jefes y oficiales, banderas, cajas, armas de fuego, lanzas y otros pertrechos de guerra. El teniente D. José Fuentes se distinguió asimismo en una acción, aunque menos importante, en la hacienda de San Pedro,

á poca distancia de Jerecuaro. El teniente coronel don José María Regules Villasante sostuvo un brillante choque en San Juanico Tepescolula, en el que mató 50 insurgentes y les hizo una considerable porción de prisioneros.

El bizarro Trujillo rechazó victoriosamente otro furioso ataque que los rebeldes dieron á la ciudad de Valladolid en número de 8 á 10.000 hombres, mandados por los cabecillas Muñiz, Piedra el canario, P. Navarrete y Albino García, habiéndoles cogido 16 cañones, é ido en su persecución por varias leguas, hallando el campo sembrado de cadáveres. Los brigadieres Rebollo y García Conde se cubrieron de gloria en un golpe combinado que dieron en San Miguel el Grande á 4.000 rebeldes, capitaneados por los caudillos Reyes, P. Pedrosa, Negro Habanero y otros, matándoles 400 hombres, tomándoles toda su artillería, municiones y muchas armas y pertrechos, sin más pérdida de parte de las tropas del Rey que la de un dragón muerto y pocos heridos.

No fué menos ilustre respectivamente el combate del teniente de fragata D. Rafael Casasola contra los facciosos de Alfajayucan, á quienes mató 150 hombres y cogió varias armas y provisiones. Las armas de los rebeldes consiguieron un momentáneo triunfo el 19 de Marzo en Huamantla, matando 38 soldados del Rey, hiriendo otros muchos y haciendo varios prisioneros: para vengar esta desgracia salió de Puebla el teniente coronel D. Antonio Conti, quien atacado por otra gavilla en Nopalucan, rechazó sus violentas cargas en los días 21 y 22, causándoles la pérdida de 50 muertos y muchos heridos, y tomándoles 800 caballos y mulas.

El teniente coronel Regules, comandante de la división de la Misteca, dió un ataque sangriento á los rebeldes con el pueblo de Yanguiran el día 15 de Marzo, matándoles 300 hombres y asegurando con esta victoria la tranquilidad de la provincia de Oajaca, cuya suerte quedó decidida en la citada refriega. Los destacamentos del

general Cruz, á las órdenes inmediatas de D. Pedro Celestino Negrete, D. Juan de la Peña y del Río, y D. Angel Linares, sostuvieron en varios puntos de la provincia de Guadalajara tres acciones muy honrosas á las armas del Rey.

Como las fuerzas principales de los realistas estaban ocupadas en el sitio de Cuautla, pudieron maniobrar con más libertad las partidas que se hallaban fuera de aquel recinto, aproximando el teatro de sus correrías hasta las mismas puertas de la capital. La provincia de Puebla experimentó los males producidos por la falta de tropas para sostenerla: los tres vocales de la farsante Junta Suprema, Rayón, Verduco y Liceaga, pusieron estrecho sitio á Toluca, en donde se había encerrado Porlier con 1.000 hombres. Aprovechándose los facciosos de las referidas ventajas de hallarse ocupada la mayor parte de las tropas del Rey en el empeñado cerco de Cuautla, y deseosos por otra parte de llamar la atención por varios puntos á fin de frustrar aquella empresa, redoblaron los recursos de su ingenio y los esfuerzos de su brazo.

Proclamas incendiarias, anónimos introducidos en la capital, amenazas de envenenar al virrey y la práctica de toda clase de intrigas para introducir el terror y la desconfianza, fueron las armas pérfidas de que se valieron los ocultos agentes de la independencia, que abundaban en todas las poblaciones.

No era menor la actividad de las partidas armadas, las que en medio de sus reveses no dejaban de conseguir algunos triunfos; entre ellos debe contarse la toma de Huamantla, que defendía el capitán de patriotas D. Antonio García del Casal, y la del Real de Pachuca, cuya guarnición, compuesta de tres compañías de patriotas, no se condujo con aquel honor y bizarría de que tenían dadas tantas pruebas las tropas realistas, pues que pasado á los rebeldes el oficial Andrade con 20 caballos, fugados otros y desanimados los restantes, si bien resistieron al primer ataque dado por el cabecilla Serrano á la cabeza

de 1.500 hombres, sucumbieron al segundo, rindiendo por capitulación las armas al fementido enemigo, quien faltando á lo más sagrado de sus empeños saqueó el pueblo, se apoderó de más de 200 barras de plata que había en las cajas reales, y sacrificó sucesivamente en Sultepec á los europeos que había conducido á aquel punto.

Lo funesto de estos acontecimientos se mitiga al tender la vista sobre el brillante campo de Calleja. Uno de los destacamentos que estaba sobre Cuautla, destinado á atacar la gavilla del cerro de Malpaís, camino de Ozumba, pasó en 30 de Marzo á destruir los atrincheramientos que habían construído los rebeldes en la falda y cúspide del cerro, y regresó al campo á las ocho de la noche.

Una hora después salieron los facciosos de la guarnición creyendo que sus compañeros estaban todavía en la punta de dicho cerro, y atacando con desesperado valor el reducto del Calvario arrollaron la avanzada compuesta de 25 granaderos: inflamados los negros con el mucho aguardiente que se les había dado para infundirles un temerario arrojo, rodearon dicho reducto por todas partes, y asaltándolo por los merlones y embrasuras, se agarraron de las bocas de los cañones y de las puntas de las bayonetas realistas, arrojando granadas de mano y haciendo un vivo fuego con espantosa gritería y continuo toque á degüello. Los 350 granaderos que guarnecían aquel punto necesitaron de dos horas para desembarazarse de los furiosos, quienes dejaron el campo sembrado de cadáveres, salvando algunos sus vidas al favor del vivo fuego que hacían las demás tropas rebeldes desde un espeso bosque que se hallaba inmediato.

Apurado el enemigo por la falta de agua, hizo el día 2 de Abril una salida para romper una de las presas del río, lo que consiguió en su primer empeño; mas muy pronto se le hizo perder aquella ventaja. Al día siguiente volvió á romper la misma presa y aun logró construir un torreón cuadrado y un espaldón para comunicarse con el bosque que se hallaba pegado á dicho río. Penetrado el

general Calleja de la necesidad de destruir aquellas obras, dispuso dos ataques contra sus defensores, que no tuvieron el resultado que se prometían.

Empero escaseando más cada día los víveres y abrumado el enemigo con el gran número de heridos y enfermos, de los que morían diariamente de 25 á 30, determinaron hacer una salida dos de los principales cabecillas, el clérigo Matamoros y el coronel Perdiz, para reunir los facciosos que se hallaban por las inmediaciones del campo realista, y dar, en combinación con los sitiados, un ataque impetuoso á los sitiadores. Aunque de los 100 caballos que escaparon de la plaza quedaron tendidos en el campo 36, y entre ellos el coronel Perdiz, y aunque de los restantes fueron aprehendidos los más en los cañaverales y quebradas en que se habían ocultado, se salvaron algunos sin embargo, y entre ellos el emprendedor y esforzado Matamoros.

Ya el día 26 supo el general Calleja que, excitadas aquellas masas rebeldes por las urgentes necesidades de la guarnición de Cuautla, se habían reunido en Tlayacac, pueblo fuerte por su localidad, y próximo á Sacatepec; y tomó en su virtud las disposiciones necesarias para recibirlos. Al romper el día 27 fué atacada una de las posiciones de la derecha por 4.000 ó 5.000 hombres, los más de caballería; otros 2.000 atacaron por el frente atravesando el río; y se presentaron muy luego á la espalda del campo realista 1.500, haciendo un vivo fuego de fusilería.

Desempeñó el general Calleja con tanto tino los planes de la defensa, que fueron completamente arrollados todos los facciosos de dentro y fuera de la plaza, á pesar del encarnizamiento con que pelearon para socorrerse mutuamente. La pérdida de 800 insurgentes, comparada con la de 15 hombres, que fué tan sólo la de los realistas, hizo ver la superioridad de éstos en el acierto de sus maniobras; tan notable diferencia, que se observó generalmente en todas las acciones, no podía ser atribuída sino al desarreglo, indisciplina, desorden y confusión que reinaba

en las filas de los rebeldes, si bien no carecían de valor personal, mientras que en las tropas realistas se observaba la mayor subordinación, seguridad en los movimientos, y destreza en el manejo de las armas.

Viéndose ya el cura Morelos reducido á los mayores apuros, hostigado por las enfermedades que le habían arrebatado más de 3.000 hombres, y perdida la esperanza de ser socorrido, emprendió su retirada de la plaza en la madrugada del 2 de Mayo, abriéndose paso por entre las columnas de los realistas al frente de 1.000 fusileros, á los que seguían 2.500 caballos y 4.000 ó 5.000 honderos y lanceros, y en retaguardia una numerosa turba de paisanaje.

Mientras que una parte del ejército del Rey entraba en Cuautla picando la retaguardia al enemigo, se dedicaba otra á atacar á su vanguardia con la idea de apoderarse del indomable Morelos y de sus principales caudillos, que se hallaban apoyados por los fusileros; éstos, sin embargo, se rehicieron varias veces para sostener las impetuosas cargas de la caballería realista; y comprando cada paso que daban en su retirada con la sangre de aquellos infelices descarriados, conservaron algunos su formación por el espacio de seis ó siete leguas, desde cuyo punto debieron retirarse las tropas de Calleja por hallarse ya sus caballos sin aliento para perseguir á los últimos prófugos, que era la plana mayor de Morelos, la que, como se hubiera podido proporcionar caballos frescos en aquel tránsito, burló con la celeridad de su fuga los bien concertados movimientos de sus contrarios.

Empero fué tal el desorden de las turbas que acompañaban á la poca tropa reglada del citado Morelos, que todo el campo por donde pasaron los soldados realistas en persecución de los facciosos, quedó sembrado de cadáveres, armas, bagajes y objetos de parque. Un gran número de muertos, 700 prisioneros, 30 piezas de artillería, municiones, cajas y pertrechos de guerra, banderas y cuanto poseía aquella inmensa gavilla fueron los trofeos

que ganaron en esta importante jornada las armas del Rey.

No publicó la fama con tanto entusiasmo el mérito contraído por el general Calleja en esta campaña como lo había hecho en las anteriores. Parece que pudo apoderarse de este asilo de la rebelión en mucho menos tiempo si se hubieran puesto en obra todos los recursos que ofrece la ciencia militar; ni el osado corifeo de aquella empresa debiera haberse sustraído al justo castigo, si se hubiera establecido la necesaria vigilancia.

Ambas faltas, que en la opinión de muchos merecen esta calificación, fueron muy fatales á los realistas. Por influjo de la primera se perdió la base de operaciones desde que se dejó arraigar la insurrección en las provincias de Puebla y Veracruz, ni se volvió á restablecer de un modo estable hasta el año 1815 en que lograron tan importante objeto los brigadieres D. Luis del Aguila y D. Fernando Miyares después de haber sufrido los mayores trabajos y quebrantos. De la fuga de Morelos, á que se refiere la segunda falta, emanó un conjunto de males con los que por muchos años estuvo agobiado el país, siendo innumerables las víctimas sacrificadas por aquella furia infernal.

Así, pues. aunque habían triunfado las armas del Rey, no por eso se abatió el ánimo de los facciosos. La gloria que éstos se atribuían de haber sabido resistir, por el espacio de tres meses, á las mejores tropas del reino, y la de haberse salvado los más el día en que quisieron abandonar el sitio, les comunicó una arrogancia que fué muy funesta á la ardua empresa de la pacificación. Morelos fomentaba este falso brillo y se valía de tan favorables elementos para comprometer de nuevo en su pérfido partido á los ilusos y malvados.

Así tomó la guerra un carácter más activo y feroz: un sinnúmero de caudillos, puestos á la cabeza de diversas gavillas, vagaban, robando, de punto en punto, ó se hacían fuertes en aquellos parajes adonde no habían podido llegar las tropas del Rey. Creció, pues, el desorden y la



desenfrenada libertad de aquellas indómitas partidas, que obrando sin sujeción á nadie se burlaban también de la Junta soberana y de sus miembros, con tal descaro y arrogancia, que el cabecilla Villagrán, fortificado en Huichapan, se atrevió á sorprender la persona de Rayón.

Repuesto entretanto de sus pérdidas el audaz Morelos, porque la estación, lo impenetrable de su retiro y la ocupación de las demás tropas realistas en otros puntos impidieron su persecución, adquirió de nuevo un gran predominio y resucitó los antiguos celos y desconfianza de los vocales de dicha Junta, quienes vieron con sorpresa la pretensión de aquel atrevido revolucionario para el aumento de un quinto vocal, en lo que insistió con la mayor altanería y empeño.

Como á este tiempo se hallasen sus colegas envueltos en animosas discordias, hasta el punto de proscribirse mutuamente, se esforzó cada uno de ellos en atraerlo á su partido respectivo, invocando su auxilio y protección para entronizarse sobre la ruina de los demás; pero Morelos, que aspiraba al mando absoluto y que veía con desagrado la formación de un gobierno en territorios donde él no tenía todavía la influencia necesaria para hacerse un partido dominante, se mantuvo pasivo en las desavenencias de aquellos sediciosos, y, obrando con total independencia de ellos, continuó afirmando su poder por el Sur y reforzando su derrotado ejército, hasta que logró invadir la provincia de Oajaca, que á aquella sazón se hallaba corrompida y exhausta de tropas, y apoderarse de su capital.

Engreído Morelos con tales ventajas, descubrió sin rebozo sus planes de despotismo y manifestó á los demás vocales su firme resolución de reforzar la Junta y de celebrar un congreso general. En vano se opuso Rayón á este proyecto, cuyas consecuencias no podían ser sino fatales á su ambición; su rival estaba decidido á vincular el mando exclusivamente en sus manos, y no desistió, por lo tanto, de su primera idea, por más que el citado Rayón

se esmerase en probar la necesidad que había de redactar una Constitución antes de hacer innovación alguna en la forma de gobierno que tenían establecida.

Si bien aquél halló justo este reparo y se convino en que Rayón la formase, la tardanza de éste, sin embargo, en evacuar dicha comisión, fué causa de contestaciones animosas entre ambos y de que, despreciando Morelos toda clase de miramientos y consideración, se determinase á expedir la convocatoria para la reunión del enunciado congreso en Chilpancingo, pueblo de la provincia de México.

Vivamente ofendido Rayón al ver insultada su autoridad y vulnerados los derechos que él creía tener, como presidente de la primera Junta Suprema, para que á lo menos fuera convocado el citado congreso á su nombre, alzó el grito contra la arbitrariedad y tropelias de su antagonista, á quien escribió agriamente reprobando su conducta; pero tuvo que humillarse y sofocar su rencor, al ver que sus anatemas se estrellaban en el inexpugnable baluarte de aquel furioso campeón, el que ya tenía reunida la mayor parte de la asamblea cuando debió presentarse el mismo Rayón, con sus compañeros, á rendirle un forzado homenaje.

Después de haber recorrido las fases del ambulante gobierno insurgente, y de haber dado una idea del modo con que se vió contrastar su impotencia y desunión con la misma terquedad y desesperados esfuerzos, pasaremos en revista las principales operaciones del ejército realista. No bien había tomado posesión el general Calleja de la importante posición de Cuautla, cuando un ataque bilioso, de cuyo mal adolecía desde mucho tiempo, y que se presentó en esta ocasión con mayor furia, á causa del visible desagrado del virrey Venegas por no haber llenado sus deseos en el referido sitio de Cuautla, dió lugar á que dicho virrey dividiese las tropas en dos cuerpos principales, que deberían situarse en México y Puebla, designando este último punto para que Calleja pudiese restau-

rar en él sus débiles fuerzas, sin perder de vista la persecución de las cuadrillas que infestaban aquella demarcación.

Empero, manifestando este general la imposibilidad de encargarse de aquel mando, ó más bien su resentimiento por las serias contestaciones que habían mediado, se le autorizó á pasar á la capital, quedando á la cabeza de dicha provincia el brigadier D. Ciriaco de Llanos, en cuya actividad, decisión y arrojo se tenía la mayor confianza. Desde los dos citados puntos de México y Puebla salían de continuo destacamentos en todas direcciones, que empeñaron choques parciales, siempre ventajosos á las armas del Rey.

Trabajando sin cesar el benemérito Venegas por conciliar la opinión y desarmar el brazo de los facciosos, dirigió su proclama de indulto á los curas del arzobispado, para que lo concediesen á cuantos lo solicitasen; y á fin de dar mayor peso á aquella filantrópica medida, se circuló por todas partes una carta pastoral del venerable cabildo, á falta de prelado, reducida á inspirar confianza en las generosas ofertas del vicerregente del monarca español.

Viendo el poco efecto que obraba aquella benigna disposición en los despechados ánimos de los rebeldes, fué preciso redoblar los esfuerzos de las armas, únicos medios de restablecer la tranquilidad. Entre las varias distinguidas acciones que se dieron en este tiempo, merecen una mención particular la resistencia que, en 29 de Mayo, hicieron 36 lanceros de San Luis de Potosí, en el monte de las Cruces, á más de 500 facciosos, á los que batieron completamente y dispersaron, con tanto desorden como mengua de sus armas. En el mismo día hizo una brillante defensa en el Real de Tasco el capitán de patriotas D. Miguel de Ortega y Moya, rechazando con gloria al general insurgente Manuel Lizalde y á otros muchos cabecillas, á los que mató 80 hombres, tomó 6 cañones, sus municiones, mulas, caballos y otros efectos.

Uno de los principales cuidados que ocuparon al señor Venegas después de la victoria de Cuautla, fué la destrucción de D. Ignacio Rayón, que se había situado, con sus tropas y con 25 piezas de artillería, en el célebre cerro de Tenango. A este tiempo habían podido adquirir los facciosos una buena imprenta, con la que, trasladada á Sultepec, residencia de su Junta nacional, empezaron á publicar un periódico incendiario, con el título de *Ilustrador Americano*, redactado por el doctor D. José María Cos, ex párroco de San Cosme de Zacatecas, y por don Francisco Lorenzo de Velasco, canónigo de Guadalupe, ambos de perversas costumbres, pero de imaginación muy viva y de genio fecundo.

Los muchos ejemplares de dicho periódico que se introducían furtivamente en la capital, á pesar de la vigilancia de la policía, pero aún más la proximidad de las tropas de Rayón, inspiraban confianza á los ocultos sediciosos, quienes se fugaban diariamente para reforzar las filas contrarias, al paso que, con su hipocresía y fingido celo, introducían el mayor desaliento en el ánimo de los buenos realistas, á los que, con su seductora elocuencia, presentaban el aspecto de los negocios de un modo tan lastimoso, que daban á entender iba á ser inútil toda resistencia al pronunciamiento general de una nación que había jurado ser libre é independiente.

Estos ocultos manejos excitaron la mayor alarma en el ánimo del virrey; y para destruir oportunamente la base principal sobre se fundaban aquellas aserciones, que era el sitio de Toluca, á causa de su aproximación á la capital, resolvió poner en actividad todos los recursos de su ingenio. Como el general Calleja, á quien se dirigió el Sr. Venegas para la ejecución de este plan, luego que hubo salido victorioso de Cuautla, alegase que sus tropas estaban demasiado cansadas para poderlas empeñar con acierto en tan importante campaña, determinó dicho virrey formar la expedición con las de su misma guarnición y con alguna caballería del referido ejército de Ca-

lleja, confiando aquella empresa al coronel del regimiento de Tres Villas, D. Joaquín del Castillo y Bustamante.

Salió este bizarro jefe de la capital en 18 de Mayo, y habiéndose presentado el 20 delante de la ciudad de Lerma, ocupada por los enemigos y defendida por anchos fosos y parapetos, así como por una laguna que la rodeaba por todas partes, sin dejar más acceso que el de una calzada, se arrojó á dar un ataque impetuoso sin haber reconocido antes las dificultades de la posición.

El fatal resultado de su temeridad y la considerable pérdida de 24 muertos y 84 heridos, habiéndose contado entre los primeros 8 oficiales y entre los segundos el mismo jefe, hicieron ver que el valor debe estar sujeto á las reglas del arte, y que sí bien es la prenda más recomendable para la guerra, se hacen las más veces ilusorios sus efectos si no se ve apoyado en acertadas maniobras y en previsivas disposiciones.

Repuesto ya Castillo de aquel descalabro con tropas, que el celoso virrey le envió desde la capital, temió el enemigo otro nuevo ataque del jefe realista, á quien suponían ya amaestrado con sus primeros contrastes y doblemente empeñado en volver por el honor de sus armas, y abandonó por lo tanto aquella posición, habiendo hecho lo mismo las tropas que sitiaban á Toluca apenas se aproximaron las que mandaba el citado Castillo. Dirigiéndose éste sin pérdida de tiempo hacia Tenango, sin que la herida de bala de metralla recibida en la cabeza ni la contusión en una espaldilla hubieran abatido su elevado espíritu, dió la brillante acción del 6 de Junio, que vengó completamente la ilustre sangre de los realistas que perecieron en la calzada de Lerma.

El inaccesible cerro de Tenango, coronado de cañones y guarnecido con millares de hombres, provistos de toda clase de armas, cayó en poder de las armas del Rey, al mismo tiempo que el pueblo de aquel nombre, que también estaba defendido por 12 cañones, por fosos y parapetos. A la buena dirección que dió á este ataque el co-

ronel Castillo se debió la incomprensible fortuna de que sin pérdida alguna por su parte se apoderase de todo el campo enemigo, en el que se hallaron más de 1.000 cadáveres, y entre ellos el cuñado de Rayón, los coroneles Camacho, Alvarez y González, los licenciados Jiménez y Reyes, el padre Tirado y otros muchos sujetos que llevaban en su aspecto señales indudables de pertenecer á la clase distinguida de la población. Parece que también tuvo una parte no pequeña en el terror pánico que se apoderó de los rebeldes en esta ocasión el sonido de las cornetas del regimiento europeo de Lobera, que llegaba por la primera vez á sus oídos.

El capitán D. Agustín de Itúrbide, ese genio ambicioso, ese fenómeno de la revolución, que, elevado sucesivamente al cúmulo del poder, fué arrojado de él por la embriaguez que le causaron los vapores de la adulación; ese hombre atrevido y emprendedor que llegó á ocupar el primer rango entre los corifeos de América, dió en el valle de Santiago el día 5 de Junio una brillante prueba de aquellos sobresalientes talentos militares, que habrían ennoblecido el país que le había dado el ser si los hubiera empleado siempre en servicio del Rey con el mismo esmero y fidelidad con que lo hizo en los primeros años de su carrera.

El atroz cuadrillero Albino García y su hermano Pachito, que habían sido perseguidos con tanto empeño como inutilidad y cuyo exterminio era de la mayor importancia á costa de cualquiera sacrificio, fueron sorprendidos á las dos de la mañana por el esforzado Itúrbide, en cuyo poder cayeron otra gran porción de cabecillas, armas, municiones y efectos, habiéndose contado entre los muertos unos 300 facciosos y 150 entre los prisioneros, que fueron muy pronto pasados por las armas, quedando así libre el Bajío del desorden y confusión en que tenían envuelto aquel país los citados caudillos.

Los elogios tributados al capitán Itúrbide por el jefe de aquella división, brigadier D. Diego García Conde, se re-

pitieron el 16 del mismo mes, cuando el citado oficial atacó á los insurgentes en el puerto de Calpulalpa, matándoles 80 hombres, haciendo ocho prisioneros y tomándoles dos cañones y otras armas, habiéndose debido al esfuerzo de su brazo la salvación del convoy que escoltaba para la capital, á la que llegó sin tropiezo con 1.600 barras de plata de las minas de Guanajuato, y con otros efectos de tierra adentro.

El teniente coronel comandante de lanceros de Veracruz D. José Manuel Pomes, que había evacuado á Orizaba, abandonando 100 infantes y 30 caballos que defendían el paso del foso, salvó la mengua de aquella precipitada retirada, rechazando en Córdoba siete asaltos que le dió el enemigo desde 29 de Mayo hasta 13 de Junio. El sargento mayor D. Diego Clavarino atacó el 24 de Junio á los insurgentes en la venta de Iroro, les mató 100 hombres y les tomó cinco cañones, muchas municiones, armas de fuego y corte, caballos y mulas.

Es asimismo digna de especial recuerdo la valentía con que D. Eusebio Moreno, coronel en la actualidad, cruzó con solos 70 dragones de su regimiento el camino de Veracruz, que estaba interceptado desde fines del año anterior: después de repetidos encuentros se halló el arrojado Moreno rodeado en 10 de Julio por más de 800 hombres en los callejones de Buenavista; pero comunicando á sus dragones el mismo ardor y entusiasmo de que estaba poseído, se abrió paso por entre las reforzadas masas rebeldes, y llevó á cabo su comisión perdiendo 35 muertos y 21 heridos, y habiendo sacado ile sos tan sólo 14 individuos.

Fué altamente recomendado este rasgo de bravura y firmeza, que produjo el feliz resultado de que á los pocos días se hubiera presentado el mismo Moreno de regreso en Puebla con cinco cajones de correspondencia que se hallaba detenida en dicho punto de Veracruz, y con auxilios de tropas y de municiones.

En medio de otras muchas acciones bizarras, con las

que se distinguía el ejército del Rey, y que omitimos por evitar la monotonía y fastidio que produce la continua repetición de unos mismos sucesos, la imparcialidad que debe regir la pluma de todo historiador nos obliga á referir algunos de sus reveses: tales fueron el de Huajuapa, pueblo de la Misteca, que cercado por el teniente coronel Regúlez, y socorrido por Morelos, se vió obligado el primero á levantar el sitio con pérdida de dos cañones y de la mayor parte de las fuerzas que ocupaban la altura llamada del Calvario, habiendo perecido asimismo el bizarro oficial que las mandaba, teniente coronel D. Juan Antonio Caldelas.

La segunda desgracia, todavía más sensible por la cantidad de víctimas sacrificadas á la lealtad y al honor, se verificó en San Agustín del Palmar, pueblo intermedio de Puebla y Orizaba. Se hallaba allí una columna de 300 hombres para recibir un convoy de harinas; y como el bizarro general conde de Castroterreño, por falta de acémilas no pudo concurrir en el día que había convenido con el comandante de Orizaba, coronel D. José Antonio Andrade, fueron cercados aquellos 300 hombres por un cuerpo numeroso de Morelos, al que hubieron de sucumbir después de haber hecho una defensa obstinada por el espacio de dos días.

Otro de los golpes sensibles para el celoso virrey fué la pérdida considerable que sufrió otra columna de 200 hombres, mandada por el capitán del regimiento de Tlascalala D. Francisco Maza, tanto por la epidemia que acometió á una parte de aquel cuerpo á su entrada en Veracruz, como por los ataques que sufrió á su regreso á Córdoba, de los que tan sólo 50 pudieron salvarse.

No era, pues, la posición de los negocios tan lisonjera cual podía esperarse de tantos esfuerzos que hacían diariamente las columnas realistas en todas direcciones. El fuego revolucionario estaba muy lejos de apagarse. La desgracia de haber escapado Morelos de Cuautla en disposición de volver á obrar enérgicamente, el fomento



que su irritado espíritu dió en las costas del Norte y Sur de Veracruz, y las citadas ventajas obtenidas por los insurgentes, agravaban considerablemente los cuidados del virrey, quien á pesar de su heroica decisión é infatigable celo llegó á persuadirse de que sólo la cooperación de las tropas peninsulares que se aguardaban podía decidir de la suerte de aquel reino.

Otros creían que la publicación de la constitución que había sido remitida de Cádiz contribuiría poderosamente á desarmar los partidos; mas pronto se desengañaron de la falacia de sus cálculos y de los graves perjuicios que ésta produjo.

Ocurrió á este tiempo una violación de territorio por los Estados Unidos de América, cuyas tropas se apoderaron del punto de Nacogdoches. Este inesperado acontecimiento, y la urgente necesidad de enviar fuerzas para rechazar aquellas hostilidades, estrechaban más y más los apuros del esforzado virrey, cuyo ánimo, lejos de arredrarse con tantas contrariedades, recibía en su vez nuevo vigor y energía.

Los refuerzos que llegaron de España en el mes de Agosto, compuestos del regimiento de Castilla, batallón de Zamora, de una compañía de artillería volante de 102 hombres y de un destacamento de 74 plazas pertenecientes á los batallones de Castilla y Lobera, así como 1.300 hombres, procedentes de Campeche, dieron mayor impulso á las operaciones militares, si bien dichas tropas sufrieron alguna pérdida al desembarcar en el mortífero clima de Veracruz, y tuvieron que superar infinitos obstáculos que les opusieron los insurgentes en su tránsito.

Se reanimó asimismo el espíritu de los realistas con la brillante victoria que consiguió el 20 de Septiembre el coronel D. Pedro Celestino Negrete sobre el cura Verdusco, uno de los vocales de la quimérica Junta Suprema que se hallaba con una gran gavilla en el cerro de Tancítaro, á quien causó la pérdida de 1.200 muertos, muchos

heridos y prisioneros, 10 cañones y gran número de armas.

Fueron asimismo importantes las cincuenta y cuatro acciones que sostuvo el ejército de Nueva Galicia desde 23 de Marzo hasta 27 de Agosto, cuya enumeración particular se omite por su prolijidad. El teniente coronel don Saturnino Samaniego se batió en la mañana del 5 de Octubre en el rancho de la Virgen, tres leguas distante de Tepeaca, contra 600 bandidos de las mejores tropas de Morelos, mandadas por el sanguinario coronel Valerio Trujano.

Nueve horas duró este encarnizado ataque que ambas partes sostuvieron con el mayor empeño; pero sucumbieron los rebeldes, fué muerto Trujano, y todas sus tropas se entregaron á una fuga desordenada, quedando cubiertos de gloria los realistas, aunque afligidos por la grave herida que recibió el mismo Samaniego, y por la sensible pérdida de 40 soldados entre muertos y heridos.

Don Agustín de Itúrbide, que ya á este tiempo habia adquirido por sus hazañas el grado de teniente coronel, volvió á derrotar á los enemigos el 24 de Julio en el valle de Santiago, limpiando el camino de las gavillas que habían salido á interceptar el rico convoy que conducía su jefe el brigadier García Conde, y les dió otro golpe terrible cerca de la hacienda de Corralejo, matando á los cabecillas brigadieres José Valtierra y Francisco García, y al coronel Rafael Ruiz con otros muchos revoltosos, habiendo estado á pique de aprehender á los dos principales corifeos de la revolución, doctor Cos y al vocal Liceaga.

Es también digna de ocupar un lugar en esta historia la acción que el teniente coronel D. Luis del Aguila dió á los insurgentes al tiempo de retirarse desde Méjico á Veracruz el brigadier D. Rosendo Porlier con la tripulación de su fragata. Excitado este digno jefe por el virrey para que reforzado con otro grueso destacamento apoyase la marcha del batallón de Zamora que debía sa-

lir de Perote, fueron atacados el 18 de Septiembre en San José de Chiapa por el cura Morelos, que mandaba una numerosa gavilla de 6.000 hombres, incluidos 2.000 caballos; pero las tropas realistas desplegaron en esta ocasión tanto valor, serenidad é inteligencia, que dispersaron aquellas hordas forajidas, tomándoles tres cañones, dos carros de municiones y una gran porción de armas, y matándoles mucha gente, entre cuya turba se halló el rebelde cura Tapia.

A pesar de los muchos laureles con que ceñían sus sienes los jefes realistas, contribuyó no poco á empeorar la situación de los negocios la insurrección de la costa del Norte de Veracruz y el sitio que pusieron á Tuspán los rebeldes, en número de 3.000 hombres, á fines de Julio. Éstos, sin embargo, fueron batidos completamente por los sitiados, quienes lograron desalojarlos de sus ventajosas posiciones y atrincheramientos, tomándoles toda la artillería y municiones.

Después que Morelos fué batido en San José de Chiapa por el brigadier Porlier y por D. Luis del Aguila, se retiró á San Andrés Chachicomula, donde pernoctó el 24 de Octubre y se le incorporó el cura Matamoros con más de 2.000 hombres bien armados que había sacado de Izucar.

Habiendo reunido 7.000 con dicho refuerzo y con la agregación de otras gavillas colecticias, se dirigió á atacar la villa de Orizaba, que defendía el coronel Andrade, con una guarnición de 500 hombres. Aunque el jefe realista trató de pedir auxilio á los comandantes más inmediatos, no pudieron sus emisarios franquear la interceptación general de los caminos.

Viéndose el esforzado Andrade reducido á salvar el honor de sus armas con el heroico empeño de aquella corta fuerza, recibió el 29, con impavidez, la impetuosa carga que le dieron los orgullosos enemigos; pero á pesar de la decisión y arrojo de sus valientes tropas, no pudo sostener mucho tiempo un combate tan desigual; se apo-

deraron los rebeldes de las bocacalles y de muchos tejados, causando tales descalabros á los fieles realistas, que se vieron precisados á emprender la retirada para la villa de Córdoba, llevando á sus alcances una gruesa columna de 1.500 caballos, que acabaron de desconcertarlos.

Viendo entonces el fiel Andrade precipitarse por las barrancas á la Infantería, buscando su salvación en la misma ruina, hubo de entregarse á la fuga y sustraerse por este medio al furor de sus perseguidores, con solos 70 caballos que pudo reunir á su lado en medio de aquel terrible desorden y dispersión.

Luego que D. Ciriaco de Llanos, gobernador de Puebla, recibió por conductos extraordinarios la noticia de la expedición de Morelos contra Orizaba, envió una división, mandada por D. Luis del Aguila, en auxilio de aquella villa, y aunque marchó con la posible velocidad, no pudo llegar oportunamente á evitar la destrucción de Andrade. Noticioso Morelos de la aproximación de aquellas tropas, había determinado evacuar á Orizaba y retirarse con rapidez hacia Tehuacan, llevándose los tabacos y demás efectos que había robado; mas habiéndose encontrado con Aguila en la cuesta de Aculcingo, formó su ejército en dos líneas para rechazar los ataques de aquel esforzado oficial.

No obstante su serenidad y buenas disposiciones militares, fueron derrotadas ambas líneas, con pérdida de mucha gente, artillería, cuatro banderas y de su segundo Galiana. Llegó Morelos, sin embargo, á Tehuacan, y reuniendo muy pronto sus dispersos, hizo salir á su vanguardia, mandada por Matamoros, siguiendo él con el resto de sus gavillas y dejando para guarnecer aquella ciudad al cura Sánchez, con alguna gente y seis cañones. Por disposición del virrey fué enviada dicha división de D. Luis del Aguila contra el referido Sánchez, y como hubiera huído á la aproximación de las tropas del Rey, fué ocupada la ciudad el día 20 de Noviembre, con toda

la artillería, efectos y víveres que habían dejado en ella los insurgentes.

El esforzado D. Luis del Aguila, que dirigió estas empresas, de las más importantes que se hayan acometido en Nueva España, adquirió tanto mayor lustre cuanto las llevó á cabo á la sola edad de veintiséis años, y con fuerzas incomparablemente menores de las que había pedido el general Calleja para asegurar el resultado. La opinión que aquel jefe adquirió con tan gloriosos triunfos se fué cimentando con otros no menos brillantes que se debieron sucesivamente á su inteligencia y acierto.

El cura Morelos, que cual negra y tempestuosa nube que tala y destruye campos, montes y poblaciones por donde arroja su inflamado electricismo, había caído impensadamente en Oajaca el 25 del mismo mes de Noviembre, desfogó su saña y despecho sobre aquella desprevénida ciudad, entregando á un saqueo general todas las casas y haciendas de europeos y aun de los criollos que no se hubiesen declarado abiertamente á favor de su bárbara revolución; y no bien satisfecha todavía su feroz venganza, sacrificó del modo más inhumano tres víctimas ilustres, tan preciosas por la elevación de su rango como por la acrisolado de sus virtudes; fueron éstas el teniente general D. Antonio Saravia, y el teniente coronel don José Regules Villasante, que rindieron su cuello á la feroz cuchilla de aquel desalmado caudillo en el día 2 de Diciembre, y el bizarro coronel D. Bernardino Bonavía, comandante de la séptima brigada, que sufrió igual desgracia y bárbara suerte cinco días después.

El capitán D. Domingo de Ortega y Moya, comandante de una de las partidas destinadas á cubrir la marcha del convoy de más de dos millones y medio de pesos, que el virrey Venegas había hecho salir de Méjico para Veracruz en 15 de Diciembre, trabó un serio combate con los insurgentes en la hacienda de Jostla; y superando con su valentía y constancia los obstáculos que le ofrecía el río, bajo cuya protección operaban los contrarios, llegó á po-

nerlos en desordenada fuga y dejó expedito el camino para que siguiera el convoy su destino sin ningún tropiezo.

La última y más importante de las 19 acciones ó choques que tuvo en este año Iturbide á la cabeza de la columna destinada por el brigadier García Conde en persecución de los facciosos, fué la toma por sorpresa del fuerte de Liceaga en la noche del 31 de Octubre. Las acertadas disposiciones de este jefe, su sagaz previsión, su serenidad para emprender el ataque, la celeridad de sus movimientos y el valor que supo inspirar en el ánimo del soldado al acometer la arrojada empresa de apoderarse de una isla, defendida por excelentes fortificaciones, y por una numerosa guarnición, cuyo despechado compromiso no le dejaba más alternativa que la victoria ó la muerte, acabaron de dar al citado Iturbide aquella fatal opinión que fué causa de su misma ruina.

Fué brillante el mérito contraído por tan bizarro oficial; y entre los trofeos de aquella insigne jornada se contaron la prisión del comandante de dicha isla, Juan José Ramírez; del mayor de la plaza, José María Santa Cruz; del comandante de artillería Tomás Moreno, del ingeniero inglés Pablo Nelson, y la de todos los insurgentes que guarnecían aquel punto, sin que hubieran podido escapar de las tropas apostadas á las salidas de aquella posición, ni aun aquellos miserables que se arrojaron al agua, pues quedados desprovistos de auxilios exhalaban en ella su postrer aliento. Cayeron asimismo en poder del vencedor ocho cañones, todo el parque de artillería, pertrechos, víveres y cuanto habían reunido los facciosos en aquel punto para su manutención y defensa.

Otros muchos combates gloriosos á las armas del Rey se trabaron en este mismo año; pero suspendiendo por ahora la narración de sangrientas escenas, pasaremos á tratar de los efectos que produjo la constitución en Nueva España. Fácil era prever que esta forma de gobierno, aplicada á un país sin ilustración y sin virtudes, había de

convertir en veneno lo que se presentaba como antídoto específico para remediar unos males cuya radical curación no podía hallarse sino en la entereza del poder, y en la ninguna tolerancia de actos que indicasen una relajación de la acostumbrada obediencia.

Al favor de la libertad de imprenta, que protegía aquel sistema, comenzaron á aparecer escritos sediciosos, que, resucitando las antiguas rivalidades y disturbios, fomentaban descaradamente el espíritu de sedición, manifestándose en sus principios un gran acatamiento á dicho nuevo gobierno en cuanto favorecía á sus intentos, y de ningún modo en la parte de consolidar la confraternidad de ambos mundos.

El sabio virrey conoció bien pronto los inicuos desig-  
nios de los que aparentaban haber recibido con el mayor entusiasmo aquel nuevo orden de administración: se tras-  
lucía en ellos el decidido empeño de desprenderse de los europeos, é ir formando un cuerpo ó junta nacional por el estilo de la que se celebró en tiempo de Iturrigaray. El acto, pues, de las elecciones, se verificó en 29 de No-  
viembre, con tantas ilegalidades é ingeniosos amaños, que los veinticinco electores designados por la ley salieron del partido antiespañol, y en gran parte de los mismos que habían dirigido los primeros movimientos populares del tiempo del año de 1808.

Engreídos los sediciosos con el triunfo de sus maquinaciones, se entregaron á una descompasada alegría, fomen-  
tada por un bullicioso motín, al que hubo de sueumbir el corregidor, permitiendo el repique general de campanas, y el ejercicio de otros actos tumultuosos, que aumentaron la alarma de los buenos realistas por la misma circuns-  
tancia de ser muy entrada la noche, bajo cuyo manto po-  
dian perpetrarse más fácilmente los desórdenes tan comu-  
nes en semejantes asonadas.

Grande fué la agitación del virrey al oír la forzada to-  
lerancia de dicho corregidor; mas ya era tarde para corre-  
gir aquellas primeras emociones, y se dedicó, por lo tan-

to, con todo el celo de que era susceptible su elevado espíritu, á tomar las más firmes precauciones para evitar los fatales resultados de aquella tentativa desleal y sediciosa. No contentos los alborotadores con los primeros pasos que habían dado para celebrar su triunfo, se pasearon por la ciudad en gruesos pelotones con multitud de hachas encendidas, se agolparon á las puertas del palacio empeñándose en sacar los cañones situados en el patio, para hacer salvas de artillería, y llegaron á atropellar las centinelas sin que el capitán de la guardia se atreviese á hacer fuego sobre el pueblo por temor de romper una sangrienta lucha, cuya terminación no era fácil calcular.

Varias veces estuvo el impávido virrey para salir á contener con la fuerza á aquella insensata muchedumbre; pero como sus gritos llevasen á lo menos el aparente designio de imitar á la metrópoli en la celebración de aquel mismo acto, del que habían tenido noticias por cartas particulares, fué preciso refrenar la justa indignación de que estaban poseídos los ánimos de los buenos.

Todo fué un continuado desorden hasta las once de la noche, en que multiplicadas las patrullas y preparadas las tropas en sus cuarteles, pudo conseguirse que se disipasen las reuniones. Las gentes sensatas estaban llenas del mayor sobresalto; todo anunciaba que sería irremediable la efusión de sangre; si no llegó este momento de terror y alarma, se debió al juicioso tino y á las ocultas medidas de la primera autoridad, así como á la circunstancia de no hallarse todavía corrompida la ínfima plebe, ni dispuesta á seguir los criminales impulsos de los agentes revolucionarios, que habían principiado á conducirla en la carrera de sus excesos.

Algunos gritos descompasados y sacrílegos que salieron confusamente de entre aquellas masas desordenadas contra el augusto Monarca español y contra sus fieles vasallos, no produjeron más resultado que el desaire y compromiso de los mismos que los habían proferido: el pue-



blo los oyó con indignación, ó á lo menos con temor y desconfianza.

Los revoltosos preparaban para el día siguiente la renovación de sus tropelías; y para allanar el camino á la perpetración de planes más subversivos, hicieron celebrar una misa en acción de gracias por las elecciones, é influyeron en el predicador, á quien fué confiado el sermón sobre aquel acontecimiento, para que vertiese algunas atrevidas proposiciones con tendencia á inflamar los ánimos de los mexicanos.

Siguiendo en sus mismas ideas de dar algún desahogo á su fementido regocijo, empezaron de nuevo los repiques, cohetes, vivas y demás signos demostrativos de una encubierta malignidad para alarmar aquella población. Repitiéronse los conatos para sacar la artillería de palacio, y los excesos en recorrer la ciudad en grupos numerosos, embriagados con el pestífero veneno de las modernas teorías.

El celoso virrey vió que había llegado ya el tiempo de contener á costa de cualquiera sacrificio unos excesos que amenazaban envolver la destrucción del país: temiendo que la aproximación de la noche ofreciese medios más fáciles para llevar adelante aquel empeño tumultuoso, tomó las últimas medidas de precaución y vigilancia, mandando por carteles la cesación de los alborotos y la dispersión de los grupos, conminando con severas penas á los que transgrediesen aquellas providencias. Esta energía, apoyada en gruesas patrullas de infantería y caballería, restableció la calma en aquella agitada capital, y salvó esta vez más el reino de México, que ya en otras varias, y señaladamente en el día de la batalla de las Cruces, había estado al borde del precipicio.

Para evitar en lo sucesivo la repetición de tamaños inconvenientes se celebró un acuerdo pleno, presidido por el virrey, en el que por unanimidad de votos se resolvió la suspensión temporal de la libertad de imprenta, como que había sido el principal instrumento de la fermenta-

ción sediciosa, y se confió á la Junta de Seguridad y á la Real Sala del Crimen la investigación de los principales motores de aquellos alborotos.

Los fieles realistas recibieron con el más puro regocijo la noticia de tan interesantes disposiciones, porque conocían que no de otro modo podían conservarse aquellos dominios unidos á la metrópoli. Los sediciosos quedaron desconcertados por un golpe tan inesperado, y aún más por el tesón y firmeza desplegado por el benemérito virrey, en cuyo escudo de bronce veían estrellarse todas sus locas aspiraciones.

Bien conocía dicho virrey lo arduo de aquella empresa y los infinitos escollos en que había de tropezar; no eran los menores los que temía de parte de las Cortes instaladas en Cádiz, de cuya desaprobación no dudaba al figurarse el empeño que habían de tener los individuos que las componían en sostener lo que habían presentado como parto portentoso de su profundo ingenio; mas nada arredraba á dicho jefe, quien prefirió correr todos los riesgos de una severa responsabilidad antes que dejarse escapar de las manos por una torpe condescendencia el timón de la nave que había sido confiada á su talento y decisión.

No se engañó este digno general en ninguno de los cálculos que había formado al dar aquel golpe de forzada política. Las Cortes, con efecto, lo recibieron con el mayor desagrado; pero le quedó la consoladora satisfacción de que el mismo Consejo de Estado constitucional, al que parece presidía mayor pulso y circunspección, aprobase su conducta casi por unanimidad, y de que se oyese el voto de uno de aquellos miembros (D. Antonio Romaniños) para que se suspendiese en Nueva España la citada constitución en su totalidad, según proponía el virrey Venegas, como medida necesaria para contener el desplome de aquel edificio.